

## EN LAS RAÍCES HUMANAS

Así —*en las raíces humanas*— he querido titular esta reflexión sobre la figura de nuestro Padre San Francisco. Y lo he hecho porque considero que los profundos sentimientos de humanidad son los que mejor —y a mi entender, *más objetivamente*— identifican su personalidad humano-espiritual, como por lo demás identifican también la persona misma de Cristo, quién, *siendo Dios, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre*<sup>1</sup>.

Frente —o si preferís, complementariamente— a otros santos que *encontraron al hombre en Dios*, Francisco *encontró definitivamente a Dios en el hombre*. Él mismo, como sabemos, describe así el acontecimiento: *El Señor me dio de esta manera el comenzar a hacer penitencia, en efecto, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo*<sup>2</sup>. Buenaventura —que suele unir a la condición de *historiador objetivo*, la de *místico profundo*— comenta así el hecho: *Cierto día se encontró con un leproso, cuya vista le provocó un intenso estremecimiento de horror... venciéndose a sí mismo, se apeó del caballo y corrió a besar al leproso... Montó de nuevo... y lleno de admiración y gozo, se puso a cantar devotamente las alabanzas del Señor, proponiéndose ya escalar siempre cumbres más altas de santidad... Revistióse, a partir de este momento, del espíritu de pobreza, del sentimiento de la humildad y del afecto de una tierna compasión*<sup>3</sup>.

En fin, el beso al leproso lo *humanizó*, hizo de él un *humanista*, una persona que había encontrado las más profundas *raíces de su humanidad*.

Pero no sólo lo humanizó, sino que, al mismo tiempo, lo “divinizó”.

¿Por qué nos cuesta tanto, por qué tenemos tanta prevención a acoger sin complejos —con verdadera amplitud de mente y corazón— ese *dogma antropológico* que nos trae el Génesis en sus primeras páginas y que —no sin lógica intención— repite Francisco en sus escritos<sup>4</sup>: *El hombre, imagen y semejanza de Dios*<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. Filp. 2, 6-7.

<sup>2</sup> Cf. FRANCISCO, *Testamento*, 1-3.

<sup>3</sup> Cf. BUENAVENTURA, *Leyenda Mayor*, 1, 5-6.

<sup>4</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 23, 1 y *Admonición*, 5, 1.

<sup>5</sup> Cf. Gn. 1, 26 y 27.

De acuerdo a la esencia misma de ese trascental dogma, cuando más profunda y verdaderamente *somos hombres*, con tanta *mayor calidad y nitidez* reproducimos en nosotros la *imagen del Creador*; con tanta mayor razón nos “*endiosamos*”, según el discurrir de ese salmo 82, que el propio Cristo no tiene reparo en citar en un momento crucial y de enfrentamiento con los judíos <sup>6</sup>.

El “termómetro” –a mi entender *más fiable*– para “medir” nuestra *espiritualidad* –nuestra *vida en Dios por la acción del Espíritu* en nosotros– es nuestro *crecimiento en humanidad a la luz del Hombre perfecto*, quien, para enseñar al hombre el regreso a su Creador, *se encarnó*, mostrando así, en él mismo, lo que significa en verdad y en profundidad *ser hombre* <sup>7</sup>.

Desde esta perspectiva, yo os invitaría a meditar la transfiguración de Jesús en el Tabor <sup>8</sup> no tanto como una *teofanía* clásica, sino más bien como una *antropofanía*, pues precisamente, a través del esplendor de su *humanidad* –matizada de luz y sonido– Cristo manifiesta a su más íntimos apóstoles la propia *divinidad*.

Es, quizá, por culpa de esa prevención que sentimos a descubrir a Dios en la *pureza de nuestras propias raíces humanas*, que tendemos –como por inercia– a hacer un Dios “a nuestra imagen y semejanza”, o mejor aún, “a imagen de nuestros sueños de grandeza”. Y es, quizá, también por ello que hemos sido proclives a convertir a los santos en seres un tanto *supra-humanos*, en *personas que consideramos tanto más excelentes, cuanto más se apartan y “superan” la grandiosa normalidad humana*.

Por esta razón, pues, al reflexionar, aquí y ahora, sobre la *profunda humanidad* que rezuma la persona de Francisco, lo haré a partir principalmente del Francisco que aparece en sus propios escritos –y de modo especial en la primera Regla–, pues no cabe duda que las biografías que sobre él se escribieron en su día fueron tendiendo, cada vez más, a idealizaciones del personaje, tributarias de distintos “modelos de santidad”, no siempre acordes con el Francisco histórico, que él mismo nos presenta.

Donde mejor aparece reflejada –a mi entender– la *profunda humanidad* que vivificó la personalidad de Francisco –como signo más evidente de su identificación con Cristo– es, como ya he adelantado, en la *primera Regla* que, desde la perspectiva que ahora nos ocupa, se puede calificar muy bien de *verdadero poema de profunda sensibilidad y calidad humana*.

---

<sup>6</sup> Cf. Jn. 10, 34-39.

<sup>7</sup> Cf. *Gaudium et Spes*, 22.

<sup>8</sup> Cf. Mt. 17, 1-8.

En ella, dicha humanidad de Francisco se transmite tanto en la organización misma de la *vida fraterna*, como en la naturaleza del *propio apostolado*.

### 1. El humanismo franciscano en las relaciones fraternas.

El primer ámbito, al que transmite Francisco la riqueza de su personalidad humano-espiritual, es –no podía ser de otra manera, dada la importancia capital que tuvo para él el hecho de que “el Señor le diera hermanos”<sup>9</sup> –el *ámbito fraterno*.

La fraternidad franciscana –tal como la soñó y de alguna manera vivió el propio Francisco en los inicios– debía distinguirse, entre otros, por estos valores que le dan, por sí mismos, un profundo toque humano:

#### a) *Acogida cálida de quien llega.*

“Cuando alguno, movido por divina inspiración –anota al respecto– viene a nuestros hermanos con deseo de abrazar esta vida, sea acogido por ellos con benignidad... y preséntelo lo antes posible a su ministro. El ministro, por su parte, acójalo con benignidad, anímelo y expóngale puntualmente el tenor de nuestra vida”<sup>10</sup>.

#### b) *Entrañable amor fraterno.*

“Cada uno ame y alimente a su hermano, como una madre ama y alimenta a su hijo”, escribe en la Regla<sup>11</sup>, para un poco más adelante añadir: “Y ámense mutuamente como dice el Señor: *Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado*”<sup>12</sup>. Y nos consta que este valor se vivió con bastante fidelidad en el seno de la primera fraternidad como se desprende de este retrato que realiza Celano: “¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor *espiritual* que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero, superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los *castos* abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo *santo*, en la conversación agradable, en la risa *modesta*, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.

---

<sup>9</sup> Cf. FRANCISCO, *Testamento*, 14.

<sup>10</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 2, 1-3.

<sup>11</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 9, 11, donde cita *ITs.* 2,7.

<sup>12</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 11, 5, donde cita *Jn.* 15,2. Cf. También 2Celano, 180.

Al despreciar todo lo terreno y al no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo el afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para subvenir a las necesidades de los hermanos. Deseaban reunirse y reunidos se sentían felices, en cambio era penosa la ausencia, la separación amarga, y dolorosa la partida... Nada poseían ni amaban nada; por esta razón, nada temían perder”<sup>13</sup>.

c) *Pronto y afectuoso servicio mutuo.*

En íntima conexión y sintonía con un entrañable amor fraterno, destaca Francisco este valor relacionado con el mutuo servicio. Y lo hace así: “Por *caridad de espíritu*, sírvanse y obedézcanse unos a otros”<sup>14</sup>. “Todos han de llamarse igualmente hermanos menores y *lávense los pies el uno al otro*”<sup>15</sup>. “Manifieste con fiadamente el uno al otro su necesidad a fin de que él le encuentre y le proporcione lo que necesita”<sup>16</sup>. “Y muéstrense con obras el amor que se profesan, como dice el apóstol: No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad”<sup>17</sup>.

d) *Atención personalizada.*

Este valor supone querer al otro en su individualidad, quererlo tal cual es, quererlo de la manera que el otro necesita para sentirse querido. *A las personas o las acabamos queriendo como son o no las hemos empezado a querer nunca en verdad.* Es el valor al que los textos bíblicos –y en particular el evangelio de Lucas– se refieren con el término *misericordia*. Es, quizá, el valor más identificante y esencial del humanismo, tal como el mismo Cristo mostró a todo hombre, en su ser y actuación personal. Es, en definitiva, un valor que, como el propio Francisco enseña, implica: unas veces corregir y ayudar; otras, perdonar sin condiciones, y otras más, preferir a los más necesitados y débiles; pero siempre, *amar a la medida del otro y amar más allí donde existe una mayor necesidad o carencia*. Como textos sanfranciscanos al respecto –y sin la pretensión de ser, ni mucho menos exhaustivo– propondría éstos: “Si hubiera entre los hermanos – escribe acerca de la corrección– alguno que quiere conducirse según la carne y no según el espíritu, los hermanos con quienes se halla amonéstelo, *instrúyanlo* y corrijanlo con humildad y solicitud”<sup>18</sup>. “Todo lo que te impide amar al Señor –anota, respecto al perdón del hermano pecador, en ese escrito que muy bien puede conside-

---

<sup>13</sup> Cf. *ICelano*, 38-39.

<sup>14</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 5,14, donde cita *Gal. 5,13*

<sup>15</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 6,3b-4, donde cita *Jn. 13,14*.

<sup>16</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 9,10.

<sup>17</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 11,6, donde hace referencia a *St. 2,18* y *1Jn. 3,18*. Cf. También, FRANCISCO, *Admonición*, 9.

<sup>18</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 5,5, donde cita a *Gal. 6,1*.

rarse la *Carta magna de la misericordia*, dentro de la literatura cristiana— todo lo debes considerar como una gracia... Y ama a los que se portan así contigo. *Y no pretendas de ellos nada más de lo que el Señor te concede obtener de ellos. Y ámalos tal como son; y no pretendas que sean mejores cristianos para ti.* Y esto es para ti de más valor que un eremitorio. Y quiero *conocer en esto si tú amas al Señor y a mí*, su servidor y tuyo, a saber, si te conduces de esta manera: que no hay en el mundo hermano alguno *que haya pecado todo cuanto puede pecar* y que, después de haber visto tus ojos, *jamás se aparte* de ti, sin tu perdón, si te lo pide, y si no te pide el perdón, pregúntale si quiere el perdón. Y si después volviera a pecar mil veces en tu presencia, *ámale más que a mí*, para atraerlo al Señor. *Y muéstrate siempre compasivo con los tales...*<sup>19</sup>. “Cuando un hermano cayere enfermo —legisla pensando en los más necesitados y débiles físicamente hablando—, no lo abandonen los demás hermanos, sino désignese uno de los hermanos o varios, si fuera necesario, que le sirvan como quisieran ellos ser servidos”<sup>20</sup>.

e) *Respeto al ritmo personal de crecimiento.*

Como consecuencia lógica de su sensibilidad misericordiosa, Francisco trasmite a sus frailes, como otro valor identificante de su vida fraterna, éste del respeto al ritmo de propio crecimiento. “Cuando alguno, movido de divina inspiración... está decidido a abrazar nuestra vida, guárdense mucho los hermanos de entrometerse en sus asuntos temporales... Si viniese alguno que encuentra dificultad en dar sus bienes a los pobres, no obstante estar animado de voluntad espiritual, despréndase de ellos, y esto le basta”<sup>21</sup>. En realidad se trata de respetar el ritmo mismo *de la santa operación del Espíritu*<sup>22</sup>, que por su propia naturaleza implica progresividad y gradualidad y supone un ambiente en el que la *libertad de espíritu*<sup>23</sup> supere frías normativas y preceptos. No en balde Francisco repite, como en una especie de muletilla, después de algunas de sus recomendaciones: “en la medida que Dios le conceda esta gracia”<sup>24</sup>.

f) *Compasión ante la debilidad.*

Relacionado por una parte con el valor de la *atención personalizada o misericordia*, y por otra, con el de *respeto al ritmo personal de crecimiento*, aparece, en el

---

<sup>19</sup> Cf. FRANCISCO, *Carta a un Ministro*, 2-11. Los subrayados son míos.

<sup>20</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 10,1, donde hace referencia a *Mt. 7,12*. Sobre el comportamiento personal de Francisco con los hermanos enfermos, puede consultarse, entre otros: 2Cel, 175 y 176 y paralelos.

<sup>21</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 2,1-2 y 11.

<sup>22</sup> Cf. FRANCISCO, *2Regla*, 10,9.

<sup>23</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 2,11;9,16.

<sup>24</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 2,1; 9,11 y 16; 11,2; 17,6ss; *2Regla*, 5,1.

legado humano-espiritual de Francisco a sus seguidores, este otro valor de la *compasión*. Una compasión que, por su naturaleza, va más allá de una mera *tolerancia* –a veces fría y descomprometida– para adentrarse en el terreno del compartir hasta tal punto los sentimientos del otro, que –sin justificar ni apoyar su debilidad– acoge –sin juzgar y menos condenar– los fallos y limitaciones del otro, conscientes de que al Señor corresponde el juicio y a nosotros tan sólo amar, y colaborar así a su recuperación. “Guárdense todos los hermanos –escribe al respecto Francisco– de alterarse o enojarse por el pecado o defecto del otro..., más bien ayuden al culpable espiritualmente, como mejor puedan, porque *no son los sanos quienes necesitan de médico, sino los enfermos...*”<sup>25</sup>. “*El que no come, no juzgue al que come*” –añade también en la primera Regla, citando a Romanos<sup>26</sup>–. Y este mandato lo amplía así en la Regla Bulada: “Les amonesto y exhorto que no desprecien ni juzguen a las personas que vieran usar vestiduras muelles y vistosas y tomar manjares y bebidas exquisitos, más bien júzguense y despréciese cada cual a sí mismo”<sup>27</sup>. “Guárdense todos los hermanos –insiste aún en la primera Regla– de calumniar y de trabarse en discusiones... *Y no vituperen a nadie*, ni murmuren, ni difamen, porque está escrito: *los murmuradores y los difamadores son odiosos* a Dios... No juzguen, no condenen. Y, como dice el Señor, no anden observando los pequeñísimos pecados de los demás, sino más bien piensen en los suyos, *en la amargura de su alma*”<sup>28</sup>. Paradigmático al respecto resulta este comportamiento del propio Francisco en un relato que nos traen casi todas sus biografías primeras: “Una vez, a media noche... un hermano exclamó: ¡Me muero! ¡Me muero!. Todos los hermanos se despertaron aturridos y asustados... Francisco se levantó y dijo ¿Quién es el que ha gritado: Me muero? Un hermano respondió: “He sido yo”. Francisco le dijo: “¿Qué te ocurre, hermano”?... “Me muero de hambre”, contestó él. Francisco, hombre lleno de caridad y discreción, no quiso que aquel hermano pasase vergüenza de comer solo. Mandó preparar enseguida la mesa, y todos comieron con aquel hermano”<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 5,7,8, donde cita a *Mt. 9,12* y *Mc. 2,17*. Cf. *Admonición*, 11 y *2Regla*, 7, 3, donde añade: “la ira y la alteración impiden la caridad en sí y en los demás”.

<sup>26</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 9,12, donde cita a *Rom. 14,3*.

<sup>27</sup> Cf. FRANCISCO, *2Regla*, 2, 17.

<sup>28</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 11, 1.7-8 y 10-12, donde cita a *Tt 3,2*; *Rom. 1,29*; e *Is. 38,15* y hace referencia a *2Tim. 2,14*, *Mt. 7,3* y *Lc. 6,41*. Cf. *Admonición*, 18,1.

<sup>29</sup> Cf. *Leyenda de Perusa*, 50a. *2Celano*, 22; *Leyenda Mayor*, 5,7 y *Espejo de Perfección*, 27.

g) *Sencillez y llaneza en las relaciones.*

Al profundizar el valor del *pronto y afectuoso servicio mutuo*, se ha hecho ya referencia a actitudes que guardan íntima relación con este valor que ahora nos ocupa.

Con todo, donde mejor puede apreciarse la sencillez y llaneza que pide Francisco a sus frailes en sus relaciones mutuas, es al abordar la relación que debe existir, dentro de la fraternidad, entre los ministros y el resto de hermanos. “Pórtense entre sí –escribe al respecto Francisco– como dice el Señor: *Todo cuanto queráis que hagan los demás con vosotros, hacedlo vosotros con ellos. Y no hagas al otro lo que no quieres que te hagan a ti*”<sup>30</sup>. “Los hermanos –añade– no tengan absolutamente potestad o señorío alguno, sobre todo entre ellos; pues como dice el Señor en el evangelio, *los jefes de las naciones las señorean y los grandes las oprimen con su poder; no ha de ser así* entre los hermanos, sino que *el que aspira a ser mayor entre ellos ha de ser su ministro* y servidor, y *el que es mayor entre ellos se ha de hacer como el menor*. Y ningún hermano haga mal o hable mal a otro...”<sup>31</sup>. “Y ninguno –anota todavía– sea llamado prior, sino que todos han de llamarse igualmente hermanos menores”<sup>32</sup>.

Celano, haciéndose eco en su segunda biografía de este valor escribe: “Francisco tuvo siempre deseo y solicitud atenta de asegurar entre los hijos el vínculo de la unidad para que... se estrechasen en paz en el regazo de una misma madre. Quería unir a grandes y pequeños, atar con afecto de hermanos a sabios y simples, aglutinar con ligadura del amor a los que estaban distanciados entre sí... Quería, en fin, que la Religión fuera, lo mismo para pobres e iletrados que para ricos y sabios. Solía decir: *En Dios no hay acepción de personas y el ministro general de la Religión –que es el Espíritu Santo– se posa igual sobre el pobre y sobre el rico*”<sup>33</sup>.

h) *Normalidad en el comportamiento.*

Como colofón del pequeño elenco de valores que se han ido destacando como identificantes de la sensibilidad y humanidad que distinguen –por voluntad expresa de Francisco– las relaciones de la fraternidad franciscana, se va a profundizar éste de la *normalidad*, por ser, de alguna manera, *síntesis* y *compendio* de todos los demás. Esta *normalidad* guarda, por otra parte, profunda relación con lo que vulgarmente se denomina *sentido común*; con ese *sentido* que nos invita a buscar el *equilibrio* en las

---

<sup>30</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 4,4-5, donde cita Mt. 7,12 y Tb. 4,15.

<sup>31</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 5,9-13, donde cita Mt. 20, 25ss. y Lc. 22,26.

<sup>32</sup> Cf. FRANCISCO, *IRegla*, 6,3. Cf. *Admonición*, 4.

<sup>33</sup> Cf. 2Celano, 191 y 193.

actuaciones, que nos permite ser sensatos y que nos impulsa a saber relativizar situaciones, para superar así, entre otras, las tentaciones del fanatismo o del fundamentalismo. Como textos significativos de Francisco, en sus escritos, se podrían señalar los siguientes: “Los hermanos –escribe en la primera Regla– si ven que no pueden guardar nuestra vida, recurran lo antes posible a su ministro, informándole. El ministro, por su parte, haga por resolver su situación, como quisiera que se hiciese consigo si se encontrara en una situación parecida”<sup>34</sup>. “Siempre que sobrevenga la necesidad –añade en la primera Regla– les está permitido a todos los hermanos... servirse de todos los manjares que los hombres pueden comer... Asimismo, en tiempo de manifiesta necesidad, echen mano todos los hermanos de cuanto necesitan, en la forma que el Señor les de la gracia, porque *la necesidad no tiene ley*”<sup>35</sup>.

“Según el santo evangelio –añade en la segunda Regla– les está permitido comer de todos los manjares que les sean ofrecidos”<sup>36</sup>. “Mando firmemente –escribe también en la segunda Regla– que los hermanos en manera alguna reciban dinero o pecunia... Con todo, para atender las necesidades de los enfermos y para vestir a los demás hermanos, únicamente los ministros y los custodios provean solícitamente por medios espirituales..., según vean que lo aconseja la necesidad...”<sup>37</sup>.

De todos modos, donde posiblemente queda en principio más manifiesta la normalidad, equilibrio y sensibilidad del Francisco legislador, es en el *Reglamento para los eremitorios*. Hay en él detalles de exquisita delicadeza humana como son: el dividir a los hermanos entre madres e hijos; el pedir a las madres que protejan a los hijos de toda intromisión extraña, o el permitir a los hijos que puedan romper el silencio para hablar con sus madres e incluso puedan pedirles limosna, cuando les agrade<sup>38</sup>.

Las mismas biografías de Francisco recogen –con mayor o menor fidelidad histórica– pasajes que rezuman sentido común y humanismo. Entre ellos se encuentra éste que sobresale por su candor: “Una vez que se hablaba en colación de la prohibición de comer carne en Navidad, por caer la fiesta en viernes, le rebatió al hermano Morico: “Hermano, pecas al llamar día de Venus al día en que nos ha nacido

---

<sup>34</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 6,1-2, donde alude a *Mt. 7,12*.

<sup>35</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 9,16.

<sup>36</sup> Cf. FRANCISCO, *2Regla*, 3,14

<sup>37</sup> Cf. FRANCISCO, *2Regla*, 4, 1,-2. Cf. *Ibidem* 2, 9-10 y *1Regla*, 8,3-4.

<sup>38</sup> Cf. FRANCISCO, *Reglamento para los eremitorios*, 1. 8 y 5.

el Niño. Quiero –añadió– que en este día hasta las paredes coman carne; y ya que no pueden, que a lo menos sean untadas por fuera”<sup>39</sup>.

## 2. El humanismo franciscano en la acción

Toda esa sensibilidad y humanidad que Francisco pidió a sus seguidores en sus relaciones fraternas, encuentran otro cauce significativo de expresión en la acción apostólica que están llamados a realizar. De cara a la misma Francisco insiste fundamentalmente en los tres valores que a continuación se profundizarán:

### a) *Amor universal.*

Ya en la primera Regla escribe Francisco, resaltando al aspecto universalista del amor cristiano: “Cualquiera que venga a ellos, amigo o enemigo, ladrón o salteador, sea acogido con benignidad”<sup>40</sup>. Más adelante insiste: “Pongamos atención, hermanos todos, a lo que dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os odian*, porque el Señor nuestro Jesucristo, cuyas huellas nos hemos obligado a seguir, llamó amigo al que lo traicionaba... Son, en efecto, amigos nuestros todos aquellos que nos causan injustamente tribulaciones y sinsabores...; mucho debemos amarlos...”<sup>41</sup>. Y ya en otros escritos añade: “Dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos...* Ama de veras a su enemigo aquel que no siente pena por la injuria hecha a él, sino que, llevado de su amor a Dios, se consume por el pecado que pesa sobre el alma del ofensor. Y muéstrele el amor con obras”<sup>42</sup>. “*Amemos a los prójimos como a nosotros mismos*. Y si alguno no quiere amarlos como a sí mismos, al menos no trate de hacerles mal, sino hágales el bien”<sup>43</sup>. “*Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*: y lo que no perdonamos del todo, haz tú, Señor, que lo perdonemos del todo, a fin de que amemos sinceramente a los enemigos por ti e intercedamos devotamente por ellos ante ti, no devolviendo a nadie mal por mal, y tratemos de ser útiles a todos en ti”<sup>44</sup>.

En Francisco, sin embargo, esa exigencia de amor universal no se reduce tan sólo al ámbito humano, sino que se extiende a toda la creación, como él mismo deja constancia en su precioso *Cántico del hermano Sol* o *Cántico a las criaturas*. Los

---

<sup>39</sup> Cf. 2Celano, 199.

<sup>40</sup> Cf. FRANCISCO, 1Regla, 7,14.

<sup>41</sup> Cf. FRANCISCO, 1Regla, 22, 1-4, donde cita Mt. 5,44 y Lc. 6,27 y hace referencia a 1Pe, 2,21 y Mt. 26, 50.

<sup>42</sup> Cf. FRANCISCO, Admonición, 9, donde cita Mt. 5,44.

<sup>43</sup> Cf. FRANCISCO, 2Carta a los Fieles, 26-27, donde cita Mt. 22, 39.

<sup>44</sup> Cf. FRANCISCO, Paráfrasis del Padrenuestro, 8, donde hace referencia a Tes. 5,15.

testimonios al respecto son muy numerosos en las primeras biografías. Entre ellos he seleccionado éste, por la ternura que tiene y el respeto que muestra por la naturaleza, a la que defiende de toda *explotación irracional*: “En una obra cualquiera, Francisco canta al Artífice de todas; cuanto descubre en las hechuras, lo refiere al Hacedor... Abraza todas las cosas con indecible afectuosa devoción y les habla del Señor y les exhorta a alabarlo. Deja que los candiles, las lámparas... se consuman por sí, no queriendo apagar con su mano la claridad, que era el símbolo de la luz eterna. Anda con respeto sobre las piedras... y cuando ocurre decir el versículo *Me has exaltado en la piedra*, para expresarlo con mayor reverencia, dice: “Me has exaltado a los pies de la piedra”. A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar de todo el árbol, para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas. Manda que se destine una porción del huerto para cultivar plantas que den fragancia y flores... Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen, y manda poner a las abejas miel y vino para que en los días helados del invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales...”<sup>45</sup>.

#### b) *Preferencia por los más pobres y desvalidos*

Este valor es la expresión, en el ámbito apostólico, de aquel que, en el ámbito fraterno se denominaba atención personalizada y que implicaba, entre otras cosas, *amar a la medida del otro y amar más a quien presenta mayor necesidad o sufre mayor carencia*, y, como aquel mismo valor, se encuentra íntimamente relacionado con el de la *compasión ante la debilidad*. “Y han de sentirse dichosos –escribe Francisco en la primera Regla– cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y débiles, entre los enfermos y los leprosos y con los que piden limosna a la vera del camino”<sup>46</sup>. Posteriormente, el autor de la *Leyenda de los Tres Compañeros*, teniendo en su mente y en su corazón este texto sanfranciscano, escribirá: “Para esto hemos sido llamados los hermanos: para curar a los heridos, para vendar a los quebrantados y para corregir a los equivocados”<sup>47</sup>.

En sintonía con este valor, las primeras biografías recogen –con sus adornos particulares– distintas escenas en que se aprecia como vivió la comunidad primitiva–

<sup>45</sup> Cf. 2Celano, 165. Cf. También *Leyenda Mayor*, 9,1; *Leyenda de Perusa*, 88, y *Espejo de Perfección*, 118.

<sup>46</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 9,2.

<sup>47</sup> Cf. *Leyenda de los Tres Compañeros*, 58.

dirigida por Francisco— la compasión y misericordia evangélicas. Pero entre todos ellos tiene, a mi entender, una fuerza y expresividad particular el de la *Conversión de unos bandidos*<sup>48</sup>, pues en él se resalta de modo especial el *poder redentor de la misericordia*.

c) *Porte humilde, pacífico y alegre.*

No se podía concluir el elenco de los valores que Francisco trasmite a sus seguidores y que les confieren un *talante profundamente humano* desde la fe cristiana, sin hacer referencia al estilo que debe distinguir su actuación.

Un primer rasgo de ese estilo y compostura, es, sin duda, la *sencillez y humildad*: “Suplico en la caridad, que es Dios, a todos mis hermanos —escribe al respecto Francisco en la primera Regla— que hagan por humillarse en todo, sin vanagloriarse ni complacerse de sí mismos, ni envanecerse interiormente de las palabras y obras buenas, más aún, de bien alguno que Dios hace, o dice, o realiza, tal vez en ellos, o por medio de ellos... Guardémonos, pues, todos los hermanos de todo orgullo y vanagloria. Y protejámonos contra la *prudencia de la carne*... Por el contrario, el espíritu del Señor nos lleva a desear que la carne esté mortificada y despreciada... y trata de cultivar la humildad, la paciencia y la pura y sencilla y verdadera paz de Espíritu...”<sup>49</sup>.

En íntima conexión con la humildad aparece en Francisco —como se ha podido ver arriba— *la paz y el porte pacífico*. “Sean apacibles —anota en la primera Regla—, *mostrando máxima mansedumbre para con todos los hombres*”<sup>50</sup>. “Cuando vayan por el mundo los hermanos —insiste un poco más adelante— no lleven *nada para el camino*. Y en cualquier casa que entre digan primero: *Paz a esta casa*... No resistan al mal, sino que a quien les abofetee en una mejilla vuélvanle la otra... y a quien les quite sus cosas no se las reclamen”<sup>51</sup>. Y a los misioneros entre infieles, aún les añade: “Pueden vivir entre ellos espiritualmente de dos manera. Una consiste en no trabarse en disputas ni discusiones, sino estar sometido a toda humana criatura por Dios...”<sup>52</sup>.

*La alegría y jovialidad* es otro de los rasgos esenciales que deben distinguir la actuación de los seguidores de Francisco. Una *alegría y jovialidad* que tiene una de sus principales raíces en la sencillez y humildad y va hermanada siempre con el *ánimo*

---

<sup>48</sup> Cf. *Leyenda de Perusa*, 115 y *Espejo de Perfección*, 66. Algunos autores han querido ver en este relato el sustrato histórico sobre el que se asentaría la *Leyenda del Lobo de Gubio* (cf. *Floreccillas*, 21.).

<sup>49</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 17, 5-6, 9-10. y 14-15, en donde cita *Rom.* 8,6.

<sup>50</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 11,9, donde cita *Tt.* 3,2.

<sup>51</sup> Cf. FRANCISCO, *I Regla*, 14, 1-6, donde, en un entrelazado de textos evangélicos, cita *Mt.* 10, 9-12; *Mc.* 6,8, *Lc.* 9,3-5 y 10, 4-7; *Mt.* 5,39; *Lc.* 6,29-30.

<sup>52</sup> Cf. FRANCISCO, 16, 5-6, donde cita *IPe.* 2,13. Cf. también, *Admonición*, 13.

*pacífico y manso*<sup>53</sup>. “Guárdense los hermanos –establece en la primera Regla– de aparecer tristes al exterior e hipócritamente encapotados, sino que han de mostrarse más bien alegres en el Señor, jubilosos y debidamente amables”<sup>54</sup>. “Hemos de alegrarnos más bien –añade hermanando alegría y paciencia–, *cuando nos vemos envueltos en todo género de pruebas* y cuando podemos soportar toda suerte de aflicciones y tribulaciones de alma y de cuerpo...”<sup>55</sup>. “Bienaventurado aquel religioso –insiste todavía– que no halla gusto y alegría sino en las santísima palabras y obras del Señor, y con ellas estimula a los hombres al amor de Dios con gozo y alegría”<sup>56</sup>.

### Francisco, fiel reflejo de humanidad

Quisiera concluir esta pequeña reflexión, trayendo, aunque sea muy someramente la estampa que de Francisco aparece en las primeras biografías –y en particular en la obra de Celano–, poniendo de relieve algunos de los valores que dan a su personalidad y talante un toque profundamente humano y que, por otra parte, reflejan los valores mismos que aquí se han venido profundizando.

#### *Corazón compasivo y misericordioso*

Es este, quizá, el rasgo más sobresaliente de la personalidad humano-espiritual de Francisco. Celano, casi como de pasada, anota: “Era riguroso consigo, indulgente con los otros, discreto con todos”<sup>57</sup>.

Y completa así uno de los múltiples retratos que hace de su fundador: “¡Qué espléndido se manifestaba en la inocencia de su vida, en la sencillez de sus palabras, en la pureza de su corazón, en el amor de Dios, en la caridad fraterna, en la ardorosa obediencia, *en la condescendencia complaciente*, en el semblante angelical!. En sus costumbres, *fino*; *plácido* por naturaleza; *afable* en la conversación; *certero* en la exhortación; *fidelísimo* a la palabra; *prudente* en el consejo, *eficaz* en la acción; *lleno de gracia* en todo. *Sereno* de mente, *dulce* de ánimo... *pronto al perdón, tardo a la ira, sumamente generoso*...”<sup>58</sup>. “Tenía mucha compasión de los enfermos –añade–. Hacía suyos los sufrimientos de todos los enfermos y les dirigía palabras de compasión,

---

<sup>53</sup> Cf. FRANCISCO, *La verdadera alegría*.

<sup>54</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 7,16, donde cita *Filp.* 4,4. Cf. también *2Celano*, 128 y *Espejo de Perfección*, 95 y 96.

<sup>55</sup> Cf. FRANCISCO, *1Regla*, 17,8, donde cita *St.* 1,2.

<sup>56</sup> Cf. FRANCISCO, *Admonición*, 20,1-2.

<sup>57</sup> Cf. *1Celano*, 83.

<sup>58</sup> Cf. *1Celano*, 83.

cuando no podía prestarles otra ayuda. En días de ayuno comía también él, para que los enfermos no se avergonzaran de comer... Enterado un día de las ganas de comer uvas que tenía un enfermo, lo llevó a la viña y sentándose bajo una vid, comenzó a comerlas para animar al enfermo a que las comiera... Prefería la enmienda a la perdición...”<sup>59</sup>.

Otras fuentes resaltan así la compasión y misericordia de Francisco: “Aunque animaba con todo empeño a los hermanos a una vida austera –anota Buenaventura– sin embargo, no era partidario de una severidad intransigente, que no se reviste de entrañas de misericordia ni está sazónada con la sal de la discreción”<sup>60</sup>. “Compadecido de sus hermanos –se lee en la *Leyenda de los Tres Compañeros*– les hablaba no como juez, sino como padre misericordioso con sus hijos, como buen médico con los enfermos, enfermando con los enfermos y afligido con los atribulados”<sup>61</sup>.

#### *Extraordinario sentido común*

La *normalidad*, *equilibrio* y, en definitiva, *sentido común*, que Francisco pide a sus hermanos, nacía –como los demás valores que transmitió– de su propia vivencia, de su rica personalidad humana. Entre los numerosos testimonios que Celano recoge y que hacen referencia a la *capacidad* y *propensión* de Francisco a poner el *amor* como *único valor absoluto* y a relativizar con relación al mismo todos los demás, recojo los siguientes: “Un hermano, so pretexto de mayor perfección, siente el deseo de apartarse de los demás... El santo le dijo: en adelante ten cuidado de no separarte de tus hermanos, ni con pretexto de santidad”<sup>62</sup>. “Un día se presentó la madre de dos hermanos y le pide limosna confiadamente. Francisco, compadecido de ella, dijo a su vicario: ¿Podemos dar alguna limosna a nuestra madre? Le respondió éste: No queda en casa nada que se pueda dar. Pero añadió: Tenemos un ejemplar del Nuevo Testamento, por el que leemos las lecciones en maitines los que carecemos de breviario. Francisco le replicó: Da a nuestra madre el Nuevo Testamento, para que lo venda y remedie su necesidad, ya que en el mismo se nos amonesta que socorramos a los pobres. Creo por cierto que agrada más a Dios el don que la lectura”<sup>63</sup>. “Pocos días antes de su muerte, Francisco quiso enviar un mensaje a Roma para la señora Jacoba de

---

<sup>59</sup> Cf. 2Celano, 175-177. Cf. *Leyenda de Perusa*, 45 y 53; *Espejo de Perfección*, 28.

<sup>60</sup> Cf. *Leyenda Mayor*, 5,7.

<sup>61</sup> Cf. *Leyenda de los Tres Compañeros*, 59.

<sup>62</sup> Cf. 2Celano, 32.

<sup>63</sup> Cf. 2Celano, 91. Cf. *Leyenda de Perusa*, 93 y *Espejo de Perfección*, 38.

Settesoli... (antes de salir el mensajero, el portero) se encuentra cara a cara con la que se buscaba en lugares remotos. Vivamente sorprendido, corre en seguida hacia el Santo... y le dice: “Padre, una buena noticia”. Y el Santo, cortándole la palabra al instante, exclama: ¡Bendito sea Dios, que a nuestro hermano señora Jacoba le ha encaminado hacia nosotros! Abrid las puertas y haced pasar a la que está entrando, porque la disposición que prohíbe la entrada a las mujeres no reza con fray Jacoba”<sup>64</sup>.

### *Talante descomplicado y alegre*

Los testimonios de cómo vivió el propio Francisco el talante humilde, pacífico y alegre que él quería en sus hermanos son abundantes. Una vez más se escogen aquí, en primer lugar, algunos aportados por Celano: “Cubierto de andrajos –cuenta– marchaba por el bosque, cantando en lengua francesa alabanzas al Señor; de improviso caen sobre él unos ladrones. A la pregunta, que le dirigen con aire feroz, inquiriendo quién es, él, seguro de sí mismo, con voz llena les responde; “Soy el pregonero del gran Rey; ¿qué queréis? Ellos, sin más le propinaron una buena sacudida... Él revolviéndose de un lado para otro –ellos se habían marchado–, de un salto se puso fuera de la hoya, y reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz las alabanzas del Creador”<sup>65</sup>. “En cierta ocasión –añade Celano– llegó a Roma y deseaba mucho predicar ante el papa Honorio y los venerables cardenales... Hallándose ante ellos, comenzó a predicar sin temor alguno. Y era tal el fervor de espíritu con que hablaba que, no cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando...”<sup>66</sup>. “¡Cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador –escribe aún Celano–. En verdad esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento! ¡Oh piedad simple! ¡Oh simplicísima piedad!”<sup>67</sup>. “Algunas veces –anota ya en su segunda biografía– hacía también esto: la dulcísima melodía espiritual que le bullía en el interior, la expresaba al exterior en francés, y la vena del susurro divino que su oído percibía en lo secreto rompía en jubilosas canciones. A veces, tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita curva con una cuerda de extremo a extremo que movía sobre el palo como sobre una viola y, ejecutando a todo esto

---

<sup>64</sup> Cf. 3Celano, 37.

<sup>65</sup> Cf. 1Celano, 16.

<sup>66</sup> Cf. 1Celano, 73.

<sup>67</sup> Cf. 1Celano, 80. Cf. también *ibídem*, 81.

ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés. Todos estos transportes de alegría terminaban a menudo en lágrimas; el júbilo se resolvía en compasión por la pasión de Cristo”<sup>68</sup>.

También las otras fuentes transmiten, de alguna manera, esta estampa de Celano.

Como mero ejemplo, basten estos dos testimonios con los que se concluye la presente reflexión:

- “En presencia del obispo de Asís, Francisco gozosamente entregó a su padre no sólo el dinero, sino también la ropa... Desprovisto ya de cosas temporales..., el Señor colmó de riquezas al que era pobre y estaba ultrajado: llenándolo de su Espíritu Santo, puso en sus labios un mensaje de vida... Francisco se negó a poseer oro, plata, dinero o cosa alguna, antes bien siguió al Señor en humildad, pobreza y sencillez de corazón”<sup>69</sup>.
- El varón de Dios expresaba su júbilo con voz brillante y en francés, alabando y bendiciendo al Señor... Rebosaba de gozo igual que si hubiese logrado el más rico de los tesoros”<sup>70</sup>.

EPLA, 13 de noviembre de 2009

*Juan Antonio Vives Aguilera*

---

<sup>68</sup> Cf. 2Celano, 127.

<sup>69</sup> Cf. Anónimo de Perusa, 8.

<sup>70</sup> Cf. Anónimo de Perusa, 15.